

XIV

ÚLTIMO DIÁLOGO (*)

Yo.— Quisiera saber qué piensas sobre este libro que termino de leer.

Cervantes.— Me parece un hijo de tu época.

—¿Cómo! ¿Qué es eso de un hijo de mi época?

—Quiero decir que un libro como este tuyo no puede salir sino del siglo veinte.

—Así es, en efecto. Pero...

—Y que revela que tu siglo es un mal siglo. Esa concepción del Quijote quiere decir que sois unos malabaristas. Yo, que desde una de las cumbres más elevadas del Parnaso os veo afanar en los enigmas, pienso con tristeza en la edad dorada de otros siglos. Y, sin embargo, yo ahí fui pobre y pasé mil calamidades.

—Es que tú eras un hombre humilde, resignado, que te callabas ante los atropellos o quizá reías ante los dolores. Además, no sabías lo que significa un «frente a frente» con las grandes adquisiciones del espíritu. Nosotros tenemos detrás a inmensidades filosóficas, y en presencia de sus enigmas un gesto de desdén sería ridículo. Nosotros consideramos a la vaga y amena literatura como una piltrafa que el pensamiento regala a las muchedumbres. Nosotros poseemos anhelos de una grandeza nunca vista entre los humanos. Nosotros destruimos las divinidades míticas y proclamamos la deificación del hombre. Nosotros no somos humildes ni ingenuos. Nosotros admitimos una Aristocracia, que es la del Espíritu, y nombramos para nuestros pajes a los hombres de ciencia. **[Nosotros no queremos pensar en la vida futura que dicen se desarrollará mañana en otro mundo.]** Nosotros tenemos la convicción de que el fin primordial del hombre es vivir, **[y vivir]** no es hacer una vida espiritual aislada, como tampoco es vivir hacer la vida de un caballo o de un buitre, pongo por ejemplo. Vivir es poner al espíritu en la máxima tensión por medio de la cultura y a la vez desarrollar plenamente nuestros órganos físicos. Vivir es un conjunto de verbos: estudiar, meditar, pensar, crear, construirse, nutrirse, amar, etcétera, etcétera.

—Entonces no vive nadie, o muy pocos.

—Sí, viven algunos.

—Vuelvo a decir que todo eso es de tu siglo. Os auguro grandes catástrofes y desconciertos enormes. Caeréis en el vacío. Os faltará alimento para sostener tantas cosas. Tú dices que don Quijote murió o desapareció de Alonso Quijano cuando éste se hizo viejo. A vosotros os va a pasar algo análogo. Vuestro espíritu perecerá o desaparecerá como don Quijote por falta de carne y hueso. Tenéis que desengañaros de que el hombre es una pequeñez.

—¿Por qué? Porque no resista muchos años una vida plena no es pequeño. Además que vivir debe ser perdurar. Y el hombre que consiga *vivir* perdurará.

—Sobre vosotros gravita un error de visión. Yo juraría que hasta los que abomináis del pasado, si éste se hundiera, esto es, si detrás de vosotros no hubiera más que sombras, moriríais.

—Yo voto sin vacilar por que el pasado desaparezca.

—¿Pues no hablabas antes de inmensidades filosóficas a las que no podías desdeñar?

—Sí, pero ésas no son pasado. El pasado es historia, y la historia es el excremento de las épocas. Descartes, Kant, Pascal, Renan, Goethe y la vida vivida de Unamuno no son pasado. Si a éste lo hundiera una manaza, no te quepa duda de que esas y otras personas brotarían a la fuerza por entre los dedos destructores.

—Dije que sobre vosotros gravita un error de visión. Dije y sostengo. Llamas a la historia excremento de las épocas, y olvidas que sin la historia sería poco menos que imposible conocer detalles de esos grandes hombres. Y no los conocéis. Aquí el error de visión a que me refiero. Es posible que no admirarais a Kant si conviviera con vosotros.

—Dices bien. Es posible que no admiráramos a un Kant. Pero siempre al Kant de la «Kritik der reinen Vernunft», que es el Kant inmortal, la gran personalidad que no puede morir nunca. Los detalles sobre la vida física y hasta espiritual de Kant no nos interesan. Nos interesa su obra, la personalidad creadora de esa obra, que desde el momento en que ésta existe, también existe ella, aunque sea una personalidad no vista por sus contemporáneos. Nosotros, en los grandes hombres, buscamos la perspectiva que creó las obras tuyas que admiramos. Lo demás es historia, muerte. Sólo un poeta burlesco, Scarrón, puede creer en la inmortalidad de las cosas secundarias. Oye lo que dijo cuando se casó: «Le nom des femmes de rois meurt avec elles; celui de la femme de Scarron vivra éternellement!». Como no puede ser inmortal el duque de Béjar por el sólo hecho de que tú le dedicaras la primera parte del Quijote.

—Puede ser; todo lo que dices es razonable.

—No es posible admitir que en la formación de inmortalidades intervengan accidentes mediocres. Yo impediría que la Historia se ocupase de los grandes hombres. Por ejemplo, en una Historia de la literatura nada se debe hablar del creador del Quijote, ni del creador de Hamlet, ni del creador del Fausto ni de algunos otros a quienes llamamos genios. La Historia significa el intento de perdurar que absorbe a la humanidad mediocre. Y lo mismo puede decirse de las estatuas, nombres de calles y otros pobres recursos de eternización. Por eso me fastidia la ciencia investigadora y me pone de mal humor el ansia enfermiza que ataca a los literatos solicitando un lugar en los encajonamientos doctos. Desear un puesto en la Historia quiere decir que se reconoce la propia mediocridad y se necesita una tercera persona para que, mediante algunos empujones afortunados, se pueda penetrar en la gloriosa selección de los genios.

—No estoy conforme con todo eso. Mira que nadie tiene la culpa de no nacer grande hombre.

—Pero una vez reconocido el patrón-vida es preciso aceptar que todo el mundo puede vivir esa vida, o, por lo menos, tener la clarividencia necesaria para impedir los gestos que caigan en el vacío del ridículo. No porque uno se convenza de que carecer de medios para engrandecerse ha de practicar la filosofía de la idiotez. Y el espectáculo del mundo es como una convicción de eso: creencia en posibilidades pequeñas. Es como el que antes de luchar se entrega a su contrario. Desde los tiempos de la Grecia clásica se viene diciendo que el saber que se ignora es una gran sapiencia. No veo yo esta sapiencia por ninguna parte. Aceptemos el saber que no se sabe como una relativa superioridad sobre el que no se preocupa ni de saber si sabe o no sabe. Dice el vulgo que en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Nada resuelve el ciego con saber que no ve los objetos que le rodean. Lo único que le debe preocupar es conseguir ver.

—Algo hay de eso. El mundo no rueda porque la pereza se lo impide, atravesándose en el camino como una gran roca.

—Y es que todos, como Sancho, anhelan el esfuerzo de los demás para elevarse.

Pero como don Quijote no existe aquí, resulta que los deseos de los Sanchos se convierten en convulsiones grotescas. Yo dividiría a los hombres en tres clases: dos de Sanchos y una de Quijotes. Mejor dicho, en dos clases: Sanchos y Quijotes. La primera se subdivide en dos: Sanchos que viven en su aldea conformándose con lo fugaz de su vida mediocre, y Sanchos que anhelan la eternidad de sí mismos. La clase de Quijotes son los pocos genios que en el mundo han sido. Pero, por fortuna, estos Quijotes no se preocupan para nada de los Sanchos, y éstos no saben cómo arreglárselas para combatir a los siglos y gobernar la Barataria de la inmortalidad. ¿Me comprendes?

—Sí, hombre. Y me pareces admirable.

—Bueno, pues seguiré con el símil. Yo no sé qué Sancho es más digno de compasión: si el que se queda en la aldea o el que busca un Quijote que lo immortalice. Pero creo que debemos preferir al que se queda en la aldea, pues el otro no se mueve y se inquieta por llegar a ser Quijote, sino que quiere immortalizar su tontería, su necedad. Este último Sancho quizá al terminar su vida llegue a saber que es un necio. Repito que prefiero al que se queda en la aldea. Así como dudó en preferir uno que no puede saber otra cosa que no sabe, a uno que no se preocupa de saber si sabe o no sabe. Creo que hay que caminar a saber que se sabe. Lo demás es deplorable Sanchopancismo. Pero sigamos examinando a los Sanchos que anhelan eternidad. Dijimos que buscan Quijotes que se encarguen de elevarlos. No los encuentran. Y en su ansia de perdurar crean la Historia, la Aristocracia del apellido, los aplausos en letras de molde, las estatuas, los cargos flamantes y otras zarandajas que en su lucha con los siglos caerán al primer golpe. Como se ve, estos Sanchos no carecen de cierta ingeniosidad, pues buscan la immortalización por medio de las estatuas que son arte, por medio de las apologías literarias o poéticas que son arte también. Y el arte es ansia de inmortalidad. Pero la consecución de ésta sigue normas inflexibles. No puede ser inmortal sino aquello que lo es en su esencia. Son inmortales los genios, o Quijotes, y si éstos se esfuerzan en llevar a Sancho a las cumbres fracasarán. Dijimos que los Sanchos de nuestro mundo no encuentran Quijotes que los immortalicen. A veces sí los encuentran, pero el fracaso más rotundo corona todos los esfuerzos. La ley es inflexible. Si Praxíteles hubiera hecho la estatua de una personalidad mediocre de su tiempo, no por eso el individuo estatuado sería inmortal aunque la obra de arte lo fuese. Yo leo a Pindaro y no me acuerdo para nada de los héroes de las Olimpíadas. Don Quijote llevó a Sancho al gobierno de la Ínsula Barataria, y éste no hizo sino pasar hambre.

—Me convences plenamente. Gusto mucho de tu charla.

—Ahora voy a hablarte de una frase que corre mucho por esos mundos: «¡No seas Quijote!». Hemos de convenir que quien diga estas palabras acierta plenamente. Sí. ¡No seas Quijote! Ahora bien, ¿esta advertencia quiere decir que no debe uno proponerse ser Quijote porque es imposible conseguirlo, o quiere decir que el imitar a don Quijote es un muy pequeño honor? Me parece que el significado que corre por ahí de esa frase es este último. Es la pedantería ambiente lo que lleva a los pobres hombres a introducir entre sus usos y costumbres lo que por su esencia permanece muy alejado de ellos. ¿Qué tiene que ver don Quijote con esas pequeñas tragedias amicales, con esas esperanzas mezquinas, con esas trivialidades de la vida vulgar para que se invoque a cada momento su nombre,

pronunciado en tono de conmiseración y de risa por lo más ridículo y carcomido de la sociedad? ¡Oh, don Quijote! Este nombre, que no debía sonar sino en los santuarios selectos donde oficie la gran Cultura del espíritu, se profana durante todas las horas de todos los días de todos los años en las bocas de cualquier microbio que se crea con derecho a dar a un su amigo el gran consejo de «¡No seas Quijote!», porque éste se disponga a hacer algún sacrificio ínfimo, o pretenda una osadía imbecil, o guiado por sentimientos enfermizos desdeñe un placer próximo...

—Hombre, a mí no me molesta esa popularidad quijotesca ni ese ansia de símbolo de las multitudes. Me parece muy bien, muy bien. Yo creé a don Quijote y lo entrego, pródigo, a quien quiera tomarlo. Que cuando un amigo pretenda disuadir a otro para que siga una ruta distinta le advierta: «¡No seas Quijote!», no debe molestar a nadie. Allá cada uno con sus interpretaciones. No todos ven a don Quijote como tú lo ves.

—Eres incurable, amigo Cervantes. Yo creía que ya te ibas convenciendo de tu error, y ahora veo que no es así, que sigues encerrado en la coraza del siglo diecisiete, que este libro te parece una majadería y yo un solemne pedante.

—Nada de eso. Ni este libro es majadería ni tú un pedante. Lo que sucede es que a mí no me importa nada, absolutamente nada, que el mundo tenga sobre el Quijote este o el otro criterio.

—Debemos separarnos. No puedo dedicar más tiempo a hablar contigo. Son meditaciones ingentes las que me llaman. Son grandes libros los que esperan mi lectura ávida. Adiós.

—Quiero desearte un gran futuro literario, querido joven. En prueba de mi aprecio te beso en la frente... Adiós...

Y Cervantes se marchó. Yo le despedí con el pañuelo...

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_018